



## CAPÍTULO II

### De cómo se reclutaban parejas y se alistaba concurrencia

Había una mamá que tenía tres niñas que se bañaban en la Alberca Pane los más días, porque las tres lo necesitaban. Estas tres niñas tenían tres novios, que también se bañaban en la Alberca Pane sin necesitarlo. Como la mamá tenía también otros niños menores, se quedaba en casa, y las tres niñas tomaban los carros de verano del *círculo de baños*.

Sucedía que al tomarlos, ya estaba instalado en uno de ellos uno de los

novios, y al cabo de algunas paradas, saltaban al mismo carro los otros dos.

Por medio de este sistema hidroté-rápico, la salud de las niñas se iba mejorando poco á poco. Volvían á su casa con su toalla cada una colgada del cuello, hacia la espalda, para recibir la húmeda y encrespada guedeja de sus respectivas cabelleras, que sujetaban solamente con un listoncito azul que, pasando por la nuca, iba á enlazarse en la raya. Las tres muchachas venían oliendo á náyade, despedían emanaciones de alga, y pregonaban con la frescura de su piel la voluptuosidad del aseo; sus manitas tenían esa palidez del agua fría que retira la sangre de los dedos para enviarla donde más se necesita. En cambio las mejillas ostentaban como la primera tinta rosada de un albaricoque que se madura. Alguna que otra gotita de agua solía titilar suspendida aún en los cabellos, á pesar de la trepidación del carro, y como si bro-

tara allí, como brotan las perlas del rocío entre los pistilos y los estambres de las mosquetas.

Las niñas estaban frescas, y pasaban por ese período en que el hormigueo voluptuoso de la reacción le hace sentir al cuerpo la caricia de su propia sangre. La epidermis se había lavado de sus secreciones y los poros sentían el beso oxigenado del ambiente.

Sentían el bienestar de una caricia anónima, que podían saborear con la frente levantada y sin rubor. Hasta el contacto de la ropa limpia interior tenía algo de cariñoso.

Este estado fisiológico iba á concentrarse en un poco más de brillo en las pupilas, y en la expresión de la sonrisa.

En resumidas cuentas, las niñas no sólo estaban frescas, sino que se sentían bien.

Eso es lo que querían su mamá y el doctor Liceaga. La hidroterapia, favoreciendo las funciones de la circulación,

comunicaba al sistema nervioso, tan delicado, tan pulcro y tan obediente, una suma no despreciable de lo que pudiera llamarse «el placer de vivir,» y todo ello formaba una atmósfera, en la cual aquella media docena de enamorados se sentían en el verdadero camino de la felicidad.

Después de aquel baño de agua, cuya temperatura había apretado el resorte de las reacciones, aquellas ninfas, y aquellos tritones de sombrero redondo, se seguían bañando en miradas, en luz, en ambiente y en esperanzas.

Se trataba de bailar, quiere decir, de subir de un brinco muchos escalones hacia la dicha, de consumir la reacción del agua fría sobre una alfombra restirada y *tête à tête* con el novio entregarse á esas intimidades á las que la sociedad ha concedido patente de sanidad.

Los novios habían olido el baile de la casa de doña Bartolita, y buscaban la

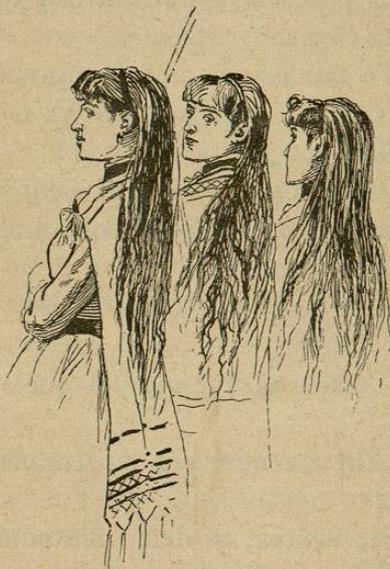
puerta para meterse en ella con todo y novias.

Con pocas palabras se hizo en el wagón un complot verdadero. Se entendieron, como sucede siempre entre pollos, casi sin hablarse; sin duda por la poca distancia que fisiológicamente debe suponerse existe entre el baño de agua fría y la danza habanera. De modo que en ese mismo día, á eso de las dos, uno de los novios, el más intrépido, se presentó en la casa de la mamá de las niñas acompañado de un joven capitán de caballería, enteramente desconocido de la casa.

Salió la mamá de las niñas, que, como hemos dicho, era una buena señora. Saludó al recién venido y al novio introductor, y á poco fueron saliendo una por una las tres niñas, todas todavía con su toalla felpuda á la espalda, y sus cabelleras esponjadas, ensortijadas y profusas.

El capitán sintió un olor á ninfa que le produjo calofríos.

—El señor, dijo el novio á la mamá de las niñas, tiene la bondad de venir á convidar á usted para un baile.



—Pues muchas gracias, dijo la mamá sin ningún reparo.

—Va á estar muy bueno, añadió el capitán; figúrense ustedes, que van las Machucas.

—¡Ah! según eso, dijo la mamá de las niñas, será un baile de mucho tono.

—No precisamente, agregó el capitán. Lo que puedo asegurar á usted, es que es una casa muy decente.

—Yo también he sabido, agregó una de las niñas, que ese baile va á estar muy bueno.

—¿Conque puedo decir al coronel que contamos con ustedes? preguntó el capitán á la mamá.

—¿Qué coronel? preguntó ésta á su vez.

—¡Cómo! mi coronel, el que da el baile.

—¡Ah! ¿conque es su coronel de usted?

—Sí, señora, y doña Bartolita, su mujer, les manda á ustedes un recado; que aunque no tiene el honor de conocerlas, pero que tendrá mucho gusto en que se sirvan honrar aquella casa.

—¿Ya lo ves, mamá? dijo una de las niñas, hasta la señora nos manda invi-

tar. Esa es mucha bondad y no debemos desairarla.

—Naturalmente, agregó el capitán. Yo conozco bien á su mamá de usted, que es una persona tan fina, y no sería capaz de un desaire semejante.

—Por de contado, dijo el novio.

La mamá de las niñas, muy cortada delante del capitán y pensando en que tal vez cometería una falta, rehusando una invitación de esa clase, hizo un movimiento de aquiescencia.

El capitán y el novio se despidieron; y á las tres niñas se les acabó de secar el pelo.

Entretanto, Saldaña no descansaba. Era hombre que sabía tomar los negocios á pechos, y su prurito era ser servicial y comunicativo, y sobre todo, se moría por tener negocios con personas de cierta importancia. Entró á Palacio y preguntó por el jefe de cierta oficina. Se le dió antesala como á otros muchos, pero él le hizo ver al portero que no era

un pretendiente, sino un amigo íntimo del jefe, y sobre todo que el negocio que le llevaba allí era negocio de familia, enteramente personal. El portero llevó á Saldaña por otra puerta, habló con el que la cuidaba, y un minuto después Saldaña estaba delante de su personaje.

—¿Qué hay, Saldaña? le dijo éste, llevándolo aparte, porque sabía que los negocios de Saldaña se debían tratar á media voz.

—Nada; que no se comprometa usted para el domingo.

—¿Qué tenemos? Todavía la güera porfiada...

—¡No, qué güera ni qué nada! Lo voy á llevar á usted á un bailecito.

—Hombre, con esas...

—No hay nada de eso. Un bailecito en casa del coronel... y Saldaña dijo su nombre.

—No lo conozco. ¿Quiénes van?

—Yo cuento con toda la chorcha; van Miguelito y don Cruz y Acevedo.

—¡Ah! entonces...

—No, no sea usted malicioso. Van buenas muchachas, y eso es todo.

—¿Conocidas?

—Pues de conocidas, las Machucas.

—¡Ah!

—Y las tres hijas de la señora. Aquellas de la Alberca Pane.

—¿Cómo se llaman?

—Isaura, Rebeca y Natalia.

—¡Ah, sí! ¿Y va la de don Gabriel?

—Sí, y la de Camacho.

—¿De veras?

—Me lo acaba de decir.

—Entonces sí voy. ¿Dónde es la casa?

Saldaña escribió las señas con lápiz en un pedazo de carta, se lo dejó al jefe de la oficina y salió pavoneándose.

El papá de Matilde había llegado á su casa más temprano, esperando que Saldaña le diera cuenta de sus mil comisiones.

—¿Qué has hecho? le preguntó doña Bartola.

—Pues mira, fuí á comprar unos candelabros en la casa de Lohse.

—¿Más candelabros?

—Sí, mujer, ¿no ves que faltan? Acuérdate que se trata de baile, y un baile... ya puedes figurarte, un baile...

—¿Bueno, y los compraste?

—Sí, de seis luces. Con sus maderas.

—¿Y dónde están?

—Los traerán esta tarde.

—Bueno, ¿pero en cuanto á convidados?

—Yo también he hecho mis proezas. Figúrate que el dependiente de la casa de Lohse es un jovencito...

Matilde, que á la sazón tejía, levantó la cabeza.

—Un jovencito rubio, continuó el papá, tan amable, tan fino y tan... Vamos, un caballero, y como me enseñó tantos candelabros y se molestó tanto, me pareció natural convidarlo.

—Hiciste muy bien, para que vean

las gentes que uno no es egoísta. Sobre todo, el baile se hizo para los muchachos. Y quedaría agradecidísimo.

—¡Vaya! como unas pascuas; dice que le gusta mucho bailar y... es un jovencito decente y dice que te conoce y que conoce á Matilde...

—¿Quién es, niña? preguntó doña Bartola.

—No sé, mamá; pero creo que se llama Carlos, es el que nos vendió los cubiertos y las charolas.

—¿Crearás que yo no me fijé?

—Ni yo tampoco, dijo Matilde disimulando, pero creo que ha de ser ese.

Puesto en práctica aquel procedimiento de convite, resultó que iba á ir al baile todo México. Saldaña llevaba á los suyos, quienes á su vez llevaban á las suyas, por lo que era natural suponer que allí iban á estar las de todos, cosa que iba á hacer aquél el baile más alegre del mundo. Doña Bartola tenía razón: para los bailes se nece-

sita gente alegre. Aquella señora por quien lo había dicho, y que según Saldaña no tenía de alegre más que el que la tenía don Gabriel, era una señora de las más á propósito: primero, porque se vestía muy bien, y luego porque tenía dos hijas.

Esta señora no siempre había dado que decir, ni se había vestido con tanto lujo como ahora, y todo ello dependía, según expresión de su marido, de las circunstancias.

Figúrense ustedes que el tal marido se había metido en camisa de once varas, y todo por compadecerse de cierta cliente á quien acabó por ponerle casa, y como la casa era cara, se desniveló el presupuesto, y aquí de los apuros, y luego que los negocios de la curia de curso ordinario son de por sí tan poco productivos, que el pobre curial empezó á verse entre la espada y la pared; y como por otra parte son tantas las tentaciones y tantos los diablos tenta-



... parecía otra persona...

dores, el día menos pensado echó una firma ¡maldita firma aquella! ¿van ustedes á creer que ella fué el origen de todo? Nada, que no hubo remedio: el curial manchó su honra inmaculada, echó una firma, se metió en un negocio turbio, como él decía, y esto, aunque por una parte le picaba la conciencia, por otra le proporcionaba muy buenos ratos, tan buenos que su mujer empezaba á sentir en el cuerpo al diablo de los celos. Pero hasta eso le salía bien, porque se volvió galante con su mujer, la regalaba y la obligaba á vestirse bien y hasta á pintarse: él mismo fué quien le llevó á su mujer la crema y el polvo y le dió la primera lección. ¡Qué bien salió! No tienen ustedes una idea de lo que ganó la mujer del curial con aquel polvo; parecía otra persona, porque ella no tenía malas facciones; pero como era trigueñita, casi no se echaba de ver que tenía muy buena pestaña y muy buena ceja, y labios

un poquito volteados y de un color de granate que una vez en contraste con el bismuto, tomaban no sé qué aspecto provocativo. Vamos, era cosa que el mismo curial, con todo y llevar tantos años de casado, encontró algo de nuevo en su mujer. Y para que vean ustedes lo que son los hombres, el mismo don Gabriel, que era nada menos que compadre de la señora, y que la había tratado mucho y que nunca le había encontrado nada subversivo en la cara, el día del bismuto se la quedó viendo y sintió... sintió amor; sí, señor, amor que salía del polvo aquel calcáreo como Venus de las espumas del mar. Don Gabriel se sorprendió de sí mismo, y le retozaba á solas la idea de cómo no se había apercibido en tantos años de que su comadre tenía ciertos atractivos y... nada, el hombre pone y... van ustedes á creer que... ¡lo que son las coincidencias! A la sazón que don Gabriel desenterraba el amor bajo las

capas geológicas de la cara de su comadre, el curial, quiere decir, su compadre, se encontraba precisamente al borde de un precipicio: el negocio aquel turbio que decía, se descompuso, y el pobre curial, que ya había probado las delicias del lujo y las de la infidelidad, estaba á punto de dar al traste con sus glorias nada menos que en la cárcel, y vean ustedes por qué decía que lo que son las coincidencias: el único que lo podía salvar de aquel precipicio era su compadre, el mismísimo don Gabriel.

A la consideración de ustedes dejo las consideraciones que el curial guardaría á su compadre, las que el compadre tendría por el curial, y sobre todo, las que el curial y el compadre le guardarían á la señora.

Según lo comprobaron los resultados eran estas tres personas consideradísimas; al grado que la señora, de quien puede decirse que entraba en su segunda

juventud, nunca fué tan feliz; era más feliz que cuando era trigueña.

Desde que su tez tiraba á imitar el blanco germánico, la señora aquella se movía por distintos resortes, y como que obedecía á otros móviles, tanto que hasta había dejado de ir á misa con la puntualidad de antes, se había vuelto muy presumida, especialmente con res-



pecto al calzado. Don Gabriel mismo, entre el sinnúmero de consideraciones que le guardaba, le llevaba en la bolsa frecuentemente un par de zapatitos de raso, bordados de colores, forrados de seda y tan pequeños que le causaba mucha risa á don Gabriel.

La señora anda por ahí, por esas calles de Dios y del Ayuntamiento, enseñando sus piesecitos primorosa-

mente calzados con zapatito bajo, porque á don Gabriel no le gustan las botas.

Es cierto que éi se las ha puesto, pero no las de su comadre, sino esas botas del refrán que tan en boga han estado en estos últimos tiempos.

Don Gabriel, como habrá comprendido perfectamente el curioso lector, era rico, quiere decir, se había enriquecido en esta época bonancible porque acabamos de atravesar.

Don Gabriel se la había ido pasando así así mientras no tuvo roce con la cosa pública; pero una vez iniciado en ella, de pobre que era se convirtió en lo que se llama *un rico nuevo*. En un dos por tres, don Gabriel contaba sus entradas por miles de pesos, le llovía el dinero por todas partes, era una verdadera bendición de Dios, y ahí lo tienen ustedes gastando sus billetes como un lord. ¡Qué casa la de don Gabriel! nunca se había visto en México casa

semejante; ¡qué escaleras! ¡qué patios! ¡qué corredores! ¡qué cortinas! ¡oh! las cortinas eran de raso bordadas de oro, y el tapiz de los muebles de raso bordado de oro, y los almohadones de raso bordado de oro. Era cosa que las gentes andaban á caza de permisos para visitar aquella maravilla.

Díganme ustedes si siendo don Gabriel tan rico, no podría salvar al pobre curial de la catástrofe que le amenazaba; bastó que su comadre le hiciera una indicación, y aquello de la firma y mucho más que había entre papeles se arregló como quien barre y deja limpio, y una vez barrido, el curial rebosaba bienestar, su mujer rebosaba juventud, de la segunda, y don Gabriel rebosaba oro y satisfacción.

Aunque todo el mundo sabía que á la señora aquella la tenía don Gabriel, solían cubrir las apariencias. El curial lucía á su mujer los domingos, ella iba muy guapa, guapísima, con vestido

chillante recargado de adornos y de sobrepuestos, haciendo contraste con el bueno del curial, quien apegado á sus hábitos no se cuidaba de que llevaba á la sazón el saco de casimir del país y los botines viejos, y este pardear del vestuario del marido contrastaba con el resplandor de su mujer, especialmente cuando les hería á los dos el mismo rayo de sol de mediodía.

En aquella ocasión, y con motivo del baile, Saldaña pensó en que la señora preferiría ir con don Gabriel y creyó, como ya hemos visto, muy diplomático y muy acertado no convidar al marido; pero hé aquí que en el furor de convidar á todo el mundo, el curial había sido invitado por interpósita persona; de manera que aquella invitación por duplicado y que venía de polos opuestos, obligó doblemente á aquel terno de personas felices, quiere decir, al curial, á su mujer y á don Gabriel, y esto, como todo lo que le sucedía á la señora

de poco tiempo á esta fecha, le salió bien, porque al hablarse del baile y de que iba á estar muy bueno, don Gabriel fué el que, con esa generosidad de que había dado tantas pruebas, se encargó de la *toilette* de las muchachas, las que á su vez se sintieron casi tan felices como su mamá.

En cuanto á las pollas Isaura, Rebeca y Natalia, los preparativos para el baile eran de muy distinto carácter, por aquello de que el hombre pobre todo es trazas. Isaura desbarató un vestido verde limón y compró en el portal de las Flores unas cuantas varas de otro género verde gay tramadito de seda y unas cuantas varas de listón verde esperanza, con lo cual confeccionó un traje á verdes que no había más que pedir.

Rebeca sí pidió, porque una amiguita íntima la sacó del apuro, y en cuanto á Natalia, su misma mamá le hizo de una enagua manchada una chaqueta que,

según sus hermanas, parecía la mera verdad.

La mamá ya se sabía que había de ir con su vestido negro de siempre, porque, como ella decía, á las viejas ya no les están bien las composturas ni los perendengues, y tenía razón, porque á la señora efectivamente no le sentaban bien las composturas. Con esto y con haberse puesto fea en fuerza de contra-tiempos, hambres y enfermedades, había acabado por formar el más perfecto contraste con sus hijas, que eran las primeras en imitar las últimas exageraciones de la moda.

